

pocas como ella. Me ha dicho, no solamente ahora sino siempre, aun antes de que nos casáramos, que cuando regresará usted quería presentársela lo mismo que cuando la servía. Porque si se presentaba de otro modo tal vez no la parecería á usted bien ó la trataría con menos confianza. A mí me parece muy bien en ese traje : de todas las maneras la quiero. Que sea la doncella de usted, su aya, todo lo que usted quiera ; no tiene importancia ; para mí siempre será la misma. Únicamente — añadió Toots que había hablado con espontaneidad y sentimiento — únicamente he de recomendarle, Susana, que te acuerdes del médico y no te agites mucho.

CAPÍTULO LX

ENTERNECIMIENTO

Florenia tenía necesidad de que la ayudasen : Su padre estaba grave, la muerte le acechaba y ya no era ni sombra de sí mismo : cayó en la cama cuando su hija se lo llevó á su casa y desde entonces no había podido levantar la cabeza, reclinada en la almohada. Florenia, siempre á la cabecera, velaba con amor y tenacidad inagotables. Su padre la conocía bien aunque algunas veces desvariaba ; parecía que acababa de morirle su hijo. Otras veces hablaba con Florenia confesándola que no había dejado de enterarse de los cuidados que ella tuvo con su hermanito. En algunos instantes lloraba, se tapaba la cara con las manos y preguntaba. « ¿ Donde está Florenia? — Y Florenia contestaba. — « Aquí, papá : soy yo ». — « No la conozco (replicaba su padre), como hace tanto tiempo que dejé de verla, no la conozco ahora ». Entonces se quedaba asustado, con la mirada fija, hasta que Florenia le calmaba : y de nuevo se enternecía el padre, y lloraba.

No faltaban momentos en que el desvarío del enfermo tomaba forma de recuerdo, de evocación de sus antiguos ensueños. Repetía la pregunta de su

hijo « ¿qué es el dinero? » y se abismaba en reflexiones, buscaba una contestación, razonándola como si desde que oyó la pregunta no hubiese pensado, hasta el instante, en contestarla. Á veces repetía el nombre de la casa « Dombey é Hijo... Dombey é Hijo », como si estuviera soñando, y volviendo la cabeza de un lado á otro en la almohada. Y contaba el número de sus hijos : uno... dos... se paraba y volvía á contar uno... dos... deteniéndose para contar de nuevo.

Pero esto no era más que cuando desvariaba. Fuera del desvario no hablaba más que de Florencia. Acordábase de aquella noche en que vió subir á Florencia por la escalera hacia su cuarto; y entonces se imaginaba que él también subía detrás de ella corriendo á alcanzarla. Pero confundiendo este recuerdo con el de las huellas había contemplado por la escalera y por todas partes en el suelo, poníase á contar los pasos. De pronto veía una pisada señalada con sangre, creía que era una señal hecha por el pie de Florencia : era Florencia que subía delante, por la escalera arriba y él iba detrás, y contaba los escalones y subía, subía como por una torre altísima, tan alta que para llegar hasta lo alto había que subir sin parar años y años.

Un día preguntó si no era Susana la persona que él había oído hablar hacía un momento.

— Sí, papá — contestó Florencia. — ¿Le gustaría á usted verla?

— Mucho — contestó mister Dombey.

Entonces, Susana se acercó á la cama del enfermo, no sin bastante sobresalto.

Mister Dombey pareció muy contento : la dijo que no se marchase, que la perdonara por cuanto le había ofendido, que Florencia y él ya no eran como

antes; que ahora eran felices, muy felices. Y con esto abrazaba á su hija y la besaba, diciendo á Susana que mirase cómo era verdad que ya eran otros su hija y él, y cómo se querían.

Así pasaron muchos días, muchas semanas, hasta que mister Dombey llegó á ser como la sombra, nada más, de un hombre, allí, echado en la cama, hablando con una voz tan baja que era preciso acercar el oído á sus labios para comprenderle. Pero estaba tranquilo, y le gustaba que abrieran la ventana y la dejaran así abierta para que él viera los árboles y el cielo y luego la puesta de sol en las tardes serenas. Sobre todo se fijaba en las sombras de las nubes y de las hojas; como si tuviera gran simpatía por las sombras : natural simpatía, pues para él la existencia y el mundo no eran ya más que esto solo: sombras.

Empezó á preocuparse con la fatiga de Florencia. A veces, sobreponiéndose á su debilidad, decía. « Hija mía, sal á tomar el aire un poco : no te estés ahí siempre quieta : mira si Wálter quiere algo. « Una vez que Wálter estaba allí, en la habitación, le llamó y estrechándole la mano le habló al oído diciéndole que ya estaba tranquilo, por su hija, que ya podía morirle sin temor de dejarla en el mundo desgraciada.

Una tarde, al anochecer, estaban Florencia y su marido en la habitación de miss Dombey contemplando á su hijito; Florencia le tenía en brazos y se puso á cantar, muy bajo, la canción que en pasados tiempos había cantado á su hermanito. Su padre hizo señas, con temblorosa mano, de que no siguiera cantando. Pero al día siguiente la pidió que cantara y desde entonces no pocas veces la rogaba que repitiese la canción, al anochecer; y su padre escuchaba el

sentido cántico cerrados los ojos como para mirar dentro de su espíritu.

Otra vez, estaba sentada Florencia, junto á una ventana, con el canastillo de labor entre ella y su fiel compañera: mister Dombey se había quedado como en sopor, adormecido. La tarde era hermosa y aun quedaban dos horas de luz, antes del crepúsculo. Aquella apacibilidad inspiró á Florencia cierta melancolía: acordábase del día en que su padre, tan cambiado ahora y caído en el lecho, la presentó á su hermosa mamá. Un golpecito en el respaldo de la silla donde estaba sentada, la hizo volverse un poco sorprendida. Era Wálter.

— Querida mía — dijo Wálter — hay alguien abajo que quiere hablar contigo.

La pareció que Wálter estaba preocupado y le preguntó si sucedía alguna cosa desagradable.

— No, hija mía — contestó Wálter, — yo he hablado con la persona en cuestión: no pasa nada: ¿Quiéres venir?

Florencia, encargando á Susana muy ocupada en su labor, que atendiese caso necesario, á su padre, salió de la habitación con su marido. En el comedor, que era una pieza linda, con vistas al jardín, estaba esperando un caballero. Tan pronto como éste vió á Florencia dió algunos pasos para salir á su encuentro, pero lo hizo con tan poca seguridad al andar que tuvo á suerte el encontrar punto de apoyo en una mesa.

Florencia conoció á primo Feenix, no sin alguna vacilación á causa de la sombra que los árboles hacían más espesa. Primo Feenix estrechó la mano de Florencia y la felicitó por su matrimonio.

— Hubiera tenido mucho gusto — dijo Feenix sen-

tándose, después de sentada Florencia — en presentarme aquí antes para felicitar á usted; pero el hecho es que han sucedido tantas cosas desagradables, una tras de otra, que me ha sido imposible ver á nadie: la única sociedad que he tenido ha sido la mía, lo que no resulta muy placentero para un hombre que tiene ciertos hábitos. Y la verdad es que me he aburrido en grande.

Comprendió Florencia, por las maneras un poco desasosegadas de Feenix, aunque siempre correcto, como caballero de alcurnia, que la visita tenía algún motivo más importante que el de la felicitación por su casamiento. La actitud de Wálter no hacía más que confirmarla en sus sospechas.

— Decía yo á mi amigo mister Gay — añadió Feenix — que tengo verdadera satisfacción en saber que mi amigo Dombey va positivamente mejor: me atrevo á esperar que mi amigo Dombey no se dejará abatir por una simple pérdida de dinero. No diré yo que también he perdido una gran fortuna, puesto que no la tuve jamás; pero, en fin, he perdido todo lo que podía perder, y la verdad es que no me he afligido gran cosa. Yo sé que mi buen amigo Dombey es persona de honorabilidad indiscutible: creo que puede consolarle mucho el saber que esta es la opinión universal. El mismo Tommy Screwzer — hombre extremadamente bilioso, probablemente lo conocerá mi amigo Gay — no dice ni una sibaba en contra.

Florencia comprendía, cada vez más segura, que aquello iba á parar en algo de importancia. Tanto significó Florencia su idea que Feenix entendió casi como si su interlocutora le hubiera preguntado.

— Es el caso — dijo resueltamente Feenix — que con mi amigo Gay he planteado la cuestión de si me

sería lícito pedir á usted un gran favor. He obtenido de mi amigo Gay el consentimiento para pedir á usted el favor á que aludo : y le quedo muy agradecido por la manera franca con que se ha servido escucharme. Pues bien : yo tengo la confianza de que una señora tan amable como la distinguidísima y encantadora hija de mi querido amigo Dombey no rechazará mi petición; y me apoyo en la aprobación obtenida ya de mi excelente amigo Gay. Lo mismo que en mis parlamentarios tiempos : cuando un colega tenía necesidad de presentar una proposición á la Cámara, con cualquier motivo que fuera (el caso era entonces muy raro, porque los jefes de ambos grupos parlamentarios nos tenían á todos los diputados en un puño y no había modo de salirse de filas como de buena gana hubiéramos hecho algunos de los nuevos, deseosos de distinguirnos); pues bien, cuando un colega obtenía permiso para romper el fuego con alguna escopetilla de juguete, nunca dejaba de considerar como gran recurso el decir que tenía la esperanza de que su humilde parecer hallaría cabida en el alto concepto de mister Pitt. Y, de hecho, este era el piloto que nos hacía entrar felizmente en el puerto. Nombrar á mister Pitt era arrancar un aplauso seguro, porque la consigna del partido era aplaudir rabiosamente siempre que se nombrase á mister Pitt. Como nosotros lo sabíamos íbamos tras de un efecto asegurado. Tan á ciegas seguían todos la consigna que Conversation Brown (un colega que se bebía cuatro botellas, lo mismo que si no fuera nada, en el buffet del Parlamento : el padre de mi amigo Gay le habrá conocido, de seguro : mi amigo Gay no, porque es harto joven para haber alcanzado aquel tiempo), Conversation

Brown decía que si un orador se hubiera levantado para anunciar que un Honorable individuo de la Cámara acababa de ser víctima de un ataque de convulsiones en el salón de Conferencias y que este honorable diputado era Pitt, al momento habrían estallado las señales de aprobación con aplausos y gritos.

Aquellas dilaciones ponían á Florencia en una inquietud extraordinaria. Wálter lo comprendió y, cortando un instante, el relato la dijo :

— No tengas cuidado, hija mía ; no es nada.

— No es nada, palabra de honor : no tenga usted cuidado — repitió Feenix. — Tengo verdadero pesar de haber causado á usted zozobras. Aseguro á usted que no es nada. El favor que solicito de usted es muy sencillo, aunque en realidad parece sumamente raro y por esto agradecería mucho á mi amigo Gay que tuviera la bondad de romper, por decirlo así, el hielo.

Wálter, tanto por acceder á este deseo como por serenar de una vez á Florencia dijo á ésta :

— Querida mía, no es sino que vayas á Londres, acompañada de este caballero.

— Y de mi amigo Gay también ; perdone usted la interrupción — dijo Feenix.

— Es cierto — afirmó Wálter. — Se trata de hacer una visita.

— ¿ A quién? — preguntó Florencia mirando á uno y á otro.

— Si me es lícito suplicar á usted que no nos lo pregunte — contestó Feenix, — haré á usted este ruego.

— ¿ Tú lo sabes? — pregunta Florencia á su marido.

— Sí.

— ¿Y puedo ir?

— Sí : porque estoy seguro de que tú piensas como yo : sin embargo, por diferentes causas conviene que no te digamos más ahora.

— Si papá duerme — repuso sin vacilación Florencia — y no me necesita, estoy á disposición de ustedes en seguida.

Se levantó, miró á sus interlocutores con cierto aire de sorpresa, pero sin asomo de desconfianza y salió de la habitación.

Cuando volvió ya estaba dispuesta para ir á la calle. Wálter y Feenix conversaban con mucha intimidación, junto á la ventana.

Florencia no pudo menos de pensar qué sería lo que les había hecho tan amigos en tan breve tiempo. Pero no la sorprendió la mirada de su marido, al verla : era una mirada que daba á entender su satisfacción, su cariño ; pero así la miraba siempre.

— Dejo una tarjeta para mi amigo Dombey — dijo Feenix — con la firme esperanza de verle restablecido pronto. Y también espero que mi amigo Dombey me honrará creyendo que soy un grande admirador de su carácter, que es, indiscutiblemente, propio de un negociante inglés y de un dignísimo caballero. Mi casa, en el campo, se halla bastante deteriorada, pero si mi amigo Dombey necesitare cambiar de aires y quisiera establecer allí sus cuarteles puede contar con que es un paraje muy sano ; alegre no lo es, no por cierto, pero sano eso sí. Ahora, si mi amigo Dombey tiene debilidad, permitame que le recomiendo una cosa que me ha sentado á mí muy bien, siempre que he tenido mal cuerpo (lo que me ocurría muchas veces, cuando vivía con demasiada libertad : ahora ya no tanto) ; batir una yema de

huevo con azúcar y nuez moscada, en un vaso de vino de Jerez y tomarlo por la mañana con una rebanada de pan tostado. Jackson, que tuvo la sala de box en Bond Street, hombre de superiores cualidades, cuya reputación de seguro habrá llegado á oídos de mi amigo Gay, decía que para la preparación á la pista convenia el ron mejor que el Jerez. Pero yo recomendaría el Jerez en el caso que nos ocupa, porque mi amigo Dombey se encuentra en gran debilidad y el ron podía subírsele... cuestión de hecho... á la cabeza ; lo que le pondría en un estado del demonio.

Feenix dijo todo esto de un tirón ; se veía que estaba nervioso y alterado. Luego, dando el brazo á Florencia y esforzándose en dirigirse convenientemente, pues las piernas se le torcían hacia el jardín, llegó á la puerta de la calle y presentó galantemente la mano á Florencia para que subiera al carruaje.

Wálter subió, después de Feenix, y así se dirigieron á Londres.

La distancia era de unas seis á ocho millas. Cuando entraron por ciertas callejuelas oscuras, en barrios del oeste, ya era casi de noche. Florencia, cogida de la mano de Wálter miraba con agitación evidente aquellos sitios por donde iban. Por último, se detuvo el carruaje delante de la casa de Brook Street, donde se había celebrado el desdichado casamiento de mister Dombey. Las ventanas estaban cerradas, como si no hábitase nadie en la casa. Primo Feenix bajó del carruaje y dió la mano á Florencia para que bajara. Pero Wálter no se movió.

— ¿No vienes? — le preguntó Florencia, inquieta.

— No ; yo me quedo aquí. No tengas miedo : no hay nada que temer.

— Así lo creo, Wálter, puesto que estás cerca de mí; pero...

Abrióse suavemente la puerta, antes de que llamaran y primo Feenix dejó entrar el aire de una tarde de verano en la casa sombría: más oscura estaba que nunca, como si desde el día del casamiento hubiera hecho nuevas y cuantiosas provisiones de tristeza.

Florenxia subió la escalera, temblando y se detuvo con su guía á la puerta del comedor; Feenix abrió sin decir palabra, entraron y quedándose éste allí indicó por señas á Florenxia que pasara adelante, á otra habitación que con el comedor comunicaba.

Sentada junto á la ventana y al parecer escribiendo ó dibujando en una mesa, estaba una señora; Florenxia se quedó un instante parada, pero nada más que un instante; en seguida se adelantó hacia aquella señora. Esta volvió la cara mirando á la puerta.

— ¡Dios mío! — exclamó — ¿Quién es?

— ¡Mamá! — gritó Florenxia tendiendo los brazos como para detener á Edith que se levantó vivamente.

Quedáronse ambas quietas, mirándose. La pasión y el orgullo habían marchitado el rostro de Edith; pero aún era ella, siempre hermosa y altiva. Léiase en el semblante de Florenxia el espanto, pero también se leían la compasión, el dolor y el recuerdo de tierna gratitud. Ambos rostros denotaban sorpresa y temor al mismo tiempo. Ambas se quedaron silenciosas como separadas por la negra sima del irrevocable pasado.

Florenxia fué la primera en conmovirse. Desbordando su pena rompió en lágrimas.

— ¡Oh, mamá, mamá! — exclamó Florenxia. — ¿Por qué nos encontramos así? — ¡Usted que fué tan

buen para mi cuando no me quería nadie! ¡Por qué nos encontramos así!

Edith seguía muda, inmóvil, con los ojos fijos en los de Florenxia.

— No me atrevo á pensar — dijo Florenxia — que he dejado á mi padre en su lecho de dolor para venir aquí. Mas no importa. He venido y ya no nos separaremos nunca. Yo pediré el perdón y mi padre lo concederá: ahora sí lo concederá pidiéndoselo yo: quiera al cielo perdonarla también y reconfortarla.

Edith no contestó ni una palabra.

— Wálter está abajo. Me he casado con él — añadió tímidamente Florenxia. — Tenemos un hijo. Es Wálter quien me ha dicho que viniera. Yo le aseguraré que usted se arrepiente, que está muy cambiada (Florenxia la miró tristemente) y él hablará á papá conmigo. ¿Puedo hacer algo más?

Edith rompiendo su silencio, con la mayor inmovilidad dijo:

— He manchado tu nombre, el nombre de tu marido y el de tu hijo. ¿Puedes olvidarlo Florenxia?

— ¿Si puedo olvidarlo? Ya está, mamá. Wálter y yo se lo hemos perdonado todo. Si esto la sirve de consuelo, téngalo por seguro. ¡No habla usted, no habla usted de papá! — exclamó Florenxia. — Pero estoy segura de que también quiere usted su perdón. ¿No es verdad?

Edith no contestó.

— Si usted quiere, yo se lo traeré, este perdón — dijo Florenxia. — Si he vacilado al verla, mamá, no ha sido por temor, ni por creer que usted me acogiera mal (Florenxia se acercó cariñosamente á Edith). Debo cumplir mis deberes para con mi padre; pero no he de olvidar jamás que ha sido usted muy buena

conmigo. ¡Quiera el cielo — dijo Florencia echándose en brazos de Edith — quiera el cielo perdonar á usted y perdonarme á mi también si es que hago mal en abrazarla á usted, acordándome de lo que ha sido usted para mí.

Edith, como si aquel contacto hubiese despertado en ella el sentimiento cayó de rodillas.

— ¡Florencia, ángel mío! — exclamó cogiéndola las manos — antes de que me vuelva la locura, antes de que mi obstinación vuelva á dejarme muda, créeme, te lo juro ¡soy inocente!

— ¡Mamá!

— Muy culpable. Culpable de haber abierto un precipicio entre nosotras, culpable de que, hasta el fin de mis días, este abismo me separe de ti, del honor y de la inocencia; culpable de ciego y apasionado resentimiento, del que no puedo, ni debo ni quiero arrepentirme. Pero no culpable con el hombre que ha muerto. ¡Lo juro ante Dios!

Y de rodillas en el suelo levantó los brazos y juntando las manos lo juró.

— Florencia — siguió diciendo Edith — la más pura y la mejor de las criaturas, tú que hubieras podido hacer de mí una mujer digna y que lo has hecho por un tiempo, créeme. ¡Soy inocente! Deja que por última vez descanse sobre mi dolorido corazón tu querida cabeza!

Florencia, conmovida, lloraba. Si Edith hubiera hecho lo mismo que ahora en otros tiempos, feliz habría sido.

— No hay nada en el mundo — dijo Edith — que capaz de arrancarme esta negación. Ni amor, ni odio, ni esperanzas, ni miedo. Dije que moriría sin revelar

lo sucedido. Y así lo hubiera hecho si no nos hubiésemos encontrado, Florencia.

— Confío — dijo primo Feenix acercándose, con su paso inseguro, á la puerta y hablando por momentos á un lado y por momentos á otros del umbral — confío en que mi querida y distinguida parienta me dispensará que haya hecho uso de una pequeña estratagema para conseguir esta confesión. No diría yo que al principio fuera enteramente incrédulo respecto á la posibilidad de que mi querida y distinguida parienta se hubiese comprometido, desgraciadamente, con la fallecida persona de los dientes blancos: y no lo habría negado en absoluto, porque, es un hecho que en este mundo se ven cosas que... que el diablo nada más las entiende. Pero, como ya dije á mi querido amigo Dombey, yo no podía creer tampoco en la culpabilidad de mi querida y distinguida parienta mientras esta culpabilidad no estuviera perfectamente demostrada. Así, cuando esa fallecida persona fué destrozada de tan horrible modo, pensé que la posición de mi querida y distinguida parienta sería verdaderamente penosa. Y pensé también que nuestra familia podía merecer alguna censura por no haber atendido nunca á esta parienta, pues hemos sido todos excesivamente despreocupados y mi tía, que como mujer fué muy airosa, como madre quizás no valió mucho. De modo que salí para Francia en busca de mi querida y distinguida parienta permitiéndome ofrecerle mi protección aunque en verdad muy poco valiosa. Me dispensó el honor de aceptar. Y debo decir que considero esta aceptación como un señalado beneficio que me dispensa mi querida y distinguida parienta, pues los cuidados con que me favorece no pueden menos de serme por todo extremo

provechosos, puesto que estoy desmoronado y con verdadera necesidad de comodidades y atenciones.

Edith, que se había sentado con Florencia en un sofá, hizo seña á Feenix de que no continuara su discurso; pero la advertencia fué inútil, pues el orador prosiguió, siempre entrando y saliendo del cuarto, á voluntad de sus inobedientes piernas.

— Mi querida y distinguida parienta habrá de dispensarme, pero tanto para satisfacción suya, como mía, como de mi querido amigo Dombey, cuya encantadora y distinguida parienta merece y tiene nuestra completa admiración, para satisfacción general, digo, me veo en la necesidad de proseguir mis observaciones. Y aquí debo notar que según mi querida y distinguida parienta habrá advertido, yo no he hecho nunca la menor alusión á su fuga. Siempre pensé que había en todo esto un misterio y que ella lo explicaría si lo juzgaba conveniente. Conociéndola, como la conozco, me hacía cargo de que no debíamos entrar en ningún género de discusiones. Pero yo no podía ignorar que el punto, verdaderamente sensible, para mi querida y distinguida parienta consistía en su delicada ternura por la hija de mi amigo Dombey; y se me ocurrió que si lograba que las dos se encontrasen, de este encuentro obtendríamos beneficiosos resultados. Como nos hallamos en Londres de una manera enteramente reservada, disponiéndonos á salir para el sur de Italia donde nos proponemos residir, hasta otro viaje, el último y definitivo (reflexión harto triste, por cierto) no quise perder esta oportunidad y me puse en campaña para saber dónde encontraría á mi amigo Gay, hombre de disposición franca, de ánimo excelente, á quien probablemente conocerá mi que-

rida y distinguida parienta. Supe su domicilio y de este modo he tenido el honor de conducir á su amable mujer hasta este sitio. Y ahora — continuó primo Feenix con emoción que se abría paso por entre las frases de su mal hilvanado discurso — conjuro á mi parienta que no se quede á mitad de camino, que marche rectamente y diga hasta qué extremo ha llegado en el agravio. Y la conjuro, no por el honor de la familia, no por su propia fama, no por las consideraciones que las desdichadas circunstancias la han inducido á desestimar como vanas y en punto de hecho, como embustes, no por nada de esto sino porque eso es un agravio: porque no está bien. Y nada más.

Las piernas de Feenix consintieron en llevárselo fuera de la habitación cuando concluyó este discurso. Cerró la puerta Feenix, y se quedaron solas Edith y Florencia.

Edith guardó silencio durante unos momentos. Después se metió la mano en el seno y sacó una carta lacrada.

— Mucho he meditado antes de escribir esta carta — dijo Edith — teniéndola conmigo para caso de muerte repentina ó por accidente. Después de escrita no pocas veces ha pensado destruirla. Tómala, Florencia. La verdad está escrita en ella.

— ¿Es para papá? — dijo Florencia.

— Es para quien tú quieras — contestó Edith. — Yo te la doy á ti: tú eres quien la recibe. El no la hubiera tenido nunca á no ser de este modo.

De nuevo se quedaron calladas. La oscuridad de la noche iba avanzando.

— Mamá — dijo Florencia. — Ha perdido su fortuna, ha estado á punto de morir, con mucho trabajo se repone. ¿Le diré algo de su parte?

— ¿No me has dicho que ahora verdaderamente te quiere?

— Sí, — contestó con temblorosa voz Florencia.

— Dile que siento mucho que él y yo nos hayamos encontrado en la vida.

— ¿Nada más? — insistió Florencia.

— Dile, si es que te lo pregunta, que yo no me arrepiento de lo que hice; no, aun no. Si tuviera que comenzar mañana haría lo mismo. Pero si él ha cambiado...

Edith se calló : Florencia la apretaba la mano.

— Pero si él ha cambiado — continuó Edith — ahora comprenderá que hubiera valido mucho más no encontrarnos.

— ¿Puedo decirle que la ha producido sentimiento el que haya sufrido él tantos males?

— No; no lo siento, porque estos males le han enseñado á querer á su hija. El mismo no se quejará de lo que ha sufrido si comprendé la lección recibida.

— ¿No desea usted que sea feliz, no querría usted que el bien le acompañase? Oh, sí, déjeme usted que le diga esto, si alguna vez la ocasión me favorece para ello.

Edith no contestó, se quedó mirando fijamente á Florencia. Pero como ésta repitió la súplica, Edith mirando, como abstraída, la obscuridad que avanzaba siempre en el espacio, habló en estos términos :

— Dile que si en su propio presente halla alguna razón para compadecerme por mi pasado, le pido que lo haga. Dile que si en su propio presente halla alguna razón para pensar en mí con menos amargura, le pido que lo haga. Dile que aun hallándonos ambos muertos, el uno para el otro, sin que nos hayamos de encontrar más que en la eternidad, hay una idea que

nos une, hay un sentimiento común entre los dos, que nunca existió hasta ahora.

La dureza parecía ablandarse : las lágrimas salían de los negros ojos de Edith.

— Confío en que pensará mejor de mí — prosiguió Edith — y creo que también yo pensaré mejor de él. Cuanto más quiera á su Florencia menos me odiará á mí. Cuanto más feliz sea al lado de ella y de sus hijos más se arrepentirá por su parte en la negra visión de nuestro matrimonio. Entonces me arrepentiré yo también, así se lo podrás asegurar entonces; yo misma diré que en lugar de pensar exclusivamente en las causas que habían hecho de mí lo que yo era, debí pensar, para excusarle en las otras causas que también habían hecho de él lo que era. Entonces trataré de perdonarle su culpa : que entonces me perdone él la mía.

— ¡Oh, mamá! — exclamó Florencia — ¡Cuán aliviado queda mi corazón después de oirla!

— He pronunciado palabras que mis labios no conocían y que mis oídos nunca oyeron — dijo Edith. — Pero, aunque hubiera sido yo la desventurada criatura que él ha podido imaginarse, creo que me hubiera impuesto esas palabras al saber que tu padre y tú os queréis, uno á otro. Dile que cuanto más te quiera más indulgencia habrá para mí en sus pensamientos y más indulgencia habrá en los míos para él. Estas son mis últimas palabras y ahora hija mía ¡adiós!

La abrazó estrechamente, como si todo el cariño, toda la ternura de su alma se concentrase en aquella caricia.

— Este beso es para tu hijo. Este otro beso es por

que la felicidad te acompañe. Florencia de mi alma ¡adiós, adiós!

— ¡Nos volveremos á ver! — exclamó Florencia.

— ¡Nunca! ¡Nunca! Cuando me hayas dejado en esta habitación obscura figúrate que me has dejado en el sepulcro. ¡Acuérdate de que existí y de que te he querido!

Florencia se separó de Edith, con más caricias y más besos.

Primo Feenix acompañó á Florencia hasta el oscuro comedor, donde esperaba Wálter. Florencia reclinó la cabeza en el hombro de su marido y lloró largo rato.

— Tengo un verdadero sentimiento — dijo Feenix secándose con el pañuelo las lágrimas y sin disimular de ningún modo su emoción — tengo un verdadero sentimiento al ver que la encantadora y distinguida hija de mi amigo Dombey, la amable mujer de mi amigo Gay, sufre de tan intensa manera como consecuencia de la entrevista celebrada. Pero tengo la confianza y la esperanza de haber procedido de una manera conveniente para mi honorable amigo Dombey; las revelaciones aquí hechas han de servirle de consuelo. Lamento que mi amigo Dombey haya tenido tan profundísimos disgustos como resultado de su parentesco de afinidad con mi familia; pero estoy persuadido de que no hubiera pasado nada grave sin la intervención de ese infernal tunante Barker — el hombre de la blanca dentadura; — y en lo que respecta á mi parienta, que me ha dispensado el honor de confiar en mi palabra, yo aseguro á la amable mujer de mi querido amigo Gay que he de ser para mi parienta lo mismo que un verdadero padre. En lo tocante á las mudanzas de la vida humana y á la ma-

nera extraordinaria como perpetuamente nosotros mismos nos conducimos, no se me ocurre más sino repetir lo dicho por mi amigo Shakespeare — hombre que no pertenece á una edad sola, sino que es de todos los tiempos y á quien mi amigo Gay de seguro conoce — la vida es como sombra de un sueño.